

# Los Trastornos Convulsivos

Por **ENRIQUE GUARNER**

**F**EDOR Mijailovich Dostoievski fue un hombre obsesionado por el sufrimiento y la maldad humana. A pesar de que ha transcurrido un siglo desde su muerte este autor sigue siendo uno de los más leídos de todos los tiempos. En «Crimen y Castigo», «Humillados y ofendidos» o «Los hermanos Karamozov» nos muestra una simpatía por los criminales que representan una especie de redentores del pecado de sus semejantes. La compasión hacia ellos está basada en una identificación por haber realizado aquello que los demás quisiéramos ejecutar.

Los contemporáneos describían a Dostoievski como bajo de estatura, frágil y con fuerte tendencia a la ansiedad. Esta podía observarse durante las reuniones sociales donde el escritor desarrollaba «tics» o movimientos involuntarios en los labios o la cara. Sin embargo, lo que más resaltaba en este genio eran los ataques convulsivos que padeció desde la edad de veinte años. Ellos iban precedidos de estados de tensión a los que seguían contracciones musculares paroxísticas y finalmente confusión y sopor mental. En un episodio Fedor llegó a dañarse el globo ocular del lado derecho, lo que ocasionó una marcada asimetría en su rostro.

A la edad de 13 años la madre del futuro escritor murió de tuberculosis y cuando contaba 18, su padre quien era un tirano alcohólico, fue asesinado por sus siervos. Poco tiempo después Dostoievski abandonó la carrera de ingeniero militar para dedicarse por completo a la literatura. La primera novela intitulada «Pobre gente» resultó bien recibida, pero por sus simpatías socialistas se vio envuelto en una conspiración revolucionaria y hasta estuvo frente a un pelotón de fusilamiento. Para su fortuna obtuvo un perdón, pero lo desterraron a lo largo de diez años en Siberia. Cuando a la edad de 35 años Fedor regresó a San Petersburgo, conoció a Maria Isayeva, con la que se casó al poco tiempo, pero en la luna de miel sufrió repetidos ataques convulsivos. La vida conyugal se

tornó tormentosa, aunque el escritor decía que a medida que padecía amaba más a su esposa. Desafortunadamente al igual que la madre, María presentaba un cuadro de tuberculosis del cual falleció siete años después.

Con posterioridad apareció Apolinaria Suslova, una mujer 20 años menor que él, pero de gran capacidad intelectual y fue en esta época cuando el escritor se obsesionó por el juego. Permanecía apostando en los casinos hasta que perdía cuanto poseía y de inmediato acudía con su nueva esposa a la que le daba su palabra de honor de que ya no volvería a jugar. Sin embargo, en cuanto conseguía fondos retornaba a la mesa agotando las reservas. Entonces Dostoievski se humillaba y pedía a su mujer que le infligiera castigo, pero tan pronto había descargado la culpa regresaba a las apuestas.

Finalmente Polina lo abandonó y Fedor, a los 45 años de edad, estableció una nueva relación con su estenógrafa Ana Smitkina, quien también era 20 años menor y lo idolatraba. Según esta última mujer, las situaciones sexuales semejaban descargas convulsivas y al terminarlas el escritor clamaba penitencia golpeándose corporalmente. Este matrimonio duró 14 años por la pasión que ambos sentían.

En la última etapa de su vida Dostoievski viajó por Alemania, Suiza e Italia. En 1871 regresó a la patria y gozó de gran prestigio y bienestar. Sin embargo, siguieron repitiéndose los ataques convulsivos y el recuerdo de las penalidades y miserias de la juventud aceleraron su muerte por insuficiencia cardíaca a la edad de 59 años.

El antiguo nombre de los trastornos convulsivos, «morbus sacer», o mal se grado se derivó de que para los pueblos primitivos el padecimiento tenía un significado metafísico. Posteriormente se le llamó epilepsia y la leyenda dice que la sufrieron: Buda, Mahoma, Julio César, Carlós V, Pedro el Grande y hasta Napoleón. Asimismo padecieron la alteración los escritores Petrarca, Gustavo Flaubert y Dostoievski del que nos ocupamos anteriormente.

Desde el descubrimiento

de la encefalografía en los años treinta, se sabe que la disritmia cerebral puede ser detectada en el 95% de los casos. El número de los mismos en Estados Unidos llega al millón, aunque existen otros diez que presentan ritmos de carácter anormal. Inclusive en la actualidad se puede sostener que no hay una diferencia esencial entre los trastornos convulsivos y las personas sanas más que en cuestión de grado, pudiéndose considerar que los seres humanos presentamos un umbral epileptógeno. Este dependerá de una disposición constitucional a la que se agregan los accidentes del parto. Además los ataques pueden producirse artificialmente con la ingestión o inyección de ciertas substancias o por choques eléctricos.

En general se distinguen dos formas de fenómenos epilepticos:

1) los genuinos o idiopáticos y 2) los sintomáticos derivados de una lesión cerebral como un tumor o absceso y por trastornos metabólicos.

El ataque típico, denominado «gran mal» tiene las características siguientes: A) Pérdida de la conciencia y fuerte tensión. B) Contracciones o sacudidad bruscas musculares, mordedura de la lengua y desaparición del reflejo pupilar. C) Apnea y cianosis y D) Estado de confusión mental en el cual la persona que ha sufrido el cuadro se despierta sin saber lo que le ha sucedido.

El «petit mal» fue descrito por primera vez por el neurólogo inglés Hughling Jackson en 1863, donde se presenta una pérdida parcial de la conciencia (aura), faltan las convulsiones generalizadas y las contracciones se limitan a alguna extremidad o partes de la cara. A esta misma entidad pertenecen los «equivalentes», o ataques abortivos derivados de la predominancia de una alteración en el lóbulo temporal del encéfalo. Habitualmente se constituyen en ausencias o amnesias cortas, en las cuales la persona se desmaya o queda paralizada, actuando en forma mecánica y pronuncia frases desarticuladas.

En el estudio «Dostoievski y el parricidio» de 1928, Sigmund Freud señala que los ataques convulsivos tienen la finalidad de consti-

tuir descargas somáticas de un montante de agresión que no puede dominarse por la vía psíquica. Las crisis del escritor se iniciaron a los veinte años de edad, después de la muerte de su padre y podría formularse de la siguiente manera: «tú has querido matarlo, para transformarte en él mismo, quien ahora será el que pueda destruirte a ti».

En otras palabras, el asesinato del progenitor por sus siervos tiene que haber sido un deseo de Fedor quien lo odiaba por su fuerza, crueldad y violencia. El crimen fue un acto de redención y sus autores alcanzaron el perdón.

Resulta curioso el que desde tiempos pretéritos los observadores habían comprobado en aquellos que padecen ataques epilepticos la presencia persistente de un buen número de rasgos de carácter. Entre ellos cabe señalar: la escrupulosidad de los actos, la prolijidad y el detallismo de sus relatos, así como la tendencia a la exactitud y la tenacidad en los detalles. También se describió una compasión exagerada, el afán por la justicia y una religiosidad demasiado exaltada. Todos estos elementos no son constantes en la mayoría de las personas que sufren ataques convulsivos, porque varían en cuanto a grado.

En 1911, Wilhelm Steckel manifestó la preponderancia de la violencia en los epilepticos quienes podían exhibir impulsos criminales. Estos al ser reprimidos socialmente se transformaban en ideas religiosas hipertrofiadas. Según este autor, la agresión sería sobrecompensada con una extrema actitud de bondad.

Como vimos en Fedor Dostoievski, las crisis constituían una lucha en contra de su conciencia y se producía como descargas. Su salida sería una oposición del Superyo en contra de los impulsos, lo cual explica el que su principal novela fuera intitulada «Crimen y castigo».

La posición pasiva del escritor frente al padre acreció su postura ante Dios y el Zar, así como su obsesión compulsiva en el juego. Este no era otra cosa que una satisfacción sexual desplazada, donde la derrota podía ser atribuida al destino. Cuando todo lo había perdido se encerraba en la cre-

ación literaria, donde desaparecían sus inhibiciones. En su obra, Dostoievski eligió criminales para proyectar sus conflictos. La simpatía hacia ellos como redentores era una expresión de sus tendencias inconscientes hacia el parricidio.